

Aleixandre: Memorias, gratitud*

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR**

El verdadero conocimiento de un poeta es esencialmente, por supuesto, el de su poesía. Y ese conocimiento, en lo que toca a Vicente Aleixandre, vine a tenerlo en alguna fecha, que ahora no puedo precisar, entre 1945 y 1949. Aquellos años atañen tanto a mi prescindible biografía como a esa realidad mayor que es la historia.

En 1945, cuando cumplí quince años, comencé a escribir con regularidad, y casi simultáneamente, poesías (“poemas” era palabra predilecta) y reseñas de libros, las cuales empezaron a aparecer en revistas antes que aquéllas/aquéllos, y en no pocos casos darían lugar a ensayos, a partir de los años 50. Pero desde hace cuatro décadas, cuando pergeñé mis primeros versos (ilegibles, claro), no he dejado de considerarme sobre todo poeta. Mis lecturas de poesía se hicieron más encarnizadas: y así apareció Aleixandre en mi vida.

Es innecesario, y a la vez inevitable, que recuerde que en 1945 hacía sólo seis años que había concluido, trágicamente desde el punto de vista nuestro (mío, de mi familia, de mis amigos), “la guerra de España”, y este hecho sería uno de los determinantes de mi formación. La España de entonces quedó para nosotros tajantemente cortada en dos: tajante e injustamente, como

* Escrito a solicitud del Instituto de Cooperación Iberoamericana, para un proyectado volumen de homenaje a Vicente Aleixandre.

** ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR: Ensayista cubano, crítico literario, poeta.

sabría después. Los “buenos” estaban muertos –Unamuno, admirado en mi primera adolescencia hasta la devoción, Machado, Lorca, Miguel Hernández– o en el exilio –Juan Ramón, Moreno Villa, León Felipe, Alberti, Guillén, Salinas, Cernuda, Prados, Altolaguirre...–; los “malos” estaban dentro. Posiblemente Aleixandre fue el primero que empezó a desarreglarme aquella dicotomía falaz, aunque explicable. No tenía mucha claridad política, para decir lo menos, pero me parecía natural que no podía estar de acuerdo a la vez con Federico, astro deslumbrante, y con “los asesinos de García Lorca”. Por rechazar a estos últimos, en circunstancias de las que espero dar algún día mi versión, fui a parar a la cárcel, afortunadamente breve, aunque siempre importante, en 1949. Estaba convencido de que la justicia política andaba maridada con la expresión mejor. A esta creencia coadyuvaban las oleadas de exiliados que habían llegado y seguirían llegando a tierras americanas, donde muchos iban a echar hondas raíces incluso en mi alma. ¿Y Aleixandre? No estaba fuera, sino dentro; no estaba enterrado ni exiliado. Sin embargo, con relación a él, se hizo de rigor hacer una excepción (que incluiría luego a muchos más), no exenta de perplejidad. Había estado, es cierto, con “los leales”. Incluso Miguel Hernández le había dedicado *Viento del pueblo*. No había manifestado en forma alguna adhesión al régimen sombrío impuesto en su patria tras la derrota. Y una enfermedad (más o menos misteriosa: nunca llegué a saber cuál era) le había impedido el penoso peregrinar. De seguro esas razones fueron el pórtico que no sólo me autorizaba, sino incluso me impulsaba a leerlo con los mejores ojos. Que yo estaba acertado en esto me lo ratificó el que en uno de los primeros números (¿el primero?) de la *Revista de Guatemala*, animada por el admirable Luis Cardoza y Aragón durante el fugaz régimen progresista que vivió aquel país centroamericano entre 1944 y 1954, apareciera un poema de Aleixandre expresamente enviado por él.

Así entré en aquella poesía personal, tan cerca de la de algunos americanos de su generación como del duende o el bramido de Federico, el ingenio, el claro dibujo o la politización expresa de Alberti, la perfección no carente de lumbre de Jorge Guillén, el sofrenado amor de Salinas, la realidad y el deseo de Cernuda (tendría que esperar aún mucho para que existiera su admirable *Desolación de la quimera*). En Aleixandre, después del ejercicio de *Ambito*, su voz se abrió a una marea jadeante, invadida por los grandes, imperecederos temas del romanticismo. Pronto me llamó la atención que

dos de sus mejores libros tuvieran el mismo título, el cual proclamaba, con distintas palabras, una pareja esencial de dichos temas. Me refiero, como es natural, a *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor*. “Espadas” equivale a “destrucción”, a “muerte”; y “labios”, a “amor”. Thanatos y Eros en su vigorosa presencia, pero no opuestos, sino fundidos: “Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo”. Pues el “como” del primer título equivale a la “o” del segundo (y del verso citado): “o” no disyuntiva, sino identificativa, como estudiaría minuciosa y acertadamente el poeta Carlos Bousoño en su libro sobre la poesía de Aleixandre: un libro que reseñé con gran simpatía. Por ese camino poético, de vuelta de asepsias al cabo esterilizantes, y en camino de “humanización”, como se dijo sin duda para impugnar el famoso ensayo de Ortega y Gasset, andaba Aleixandre. El último libro de nuestro César Vallejo se llamó, significativamente, *Poemas humanos*, y es un texto capital cuya resonancia llega a nuestros días. En su evolución, Aleixandre también desembocaría en la historia mejor. Nada sorprendente que un libro suyo se llamara *Historia del corazón*. Pero me he adelantado algo: debo volver atrás y retomar mi canto llano... y cronológico.

Que para finales de los años 40 la poesía de Aleixandre había entrado, alimentándola, en la mía propia, lo sé no sólo por el recuerdo, sino porque al comentarme en una carta de 1951 mi primer cuaderno, *Elegía como un himno*, consagrado a Rubén Martínez Villena y publicado en 1950, un crítico cubano que respetaba y respeto, José Antonio Portuondo, señaló en él, entre otras, la huella de Aleixandre. “Imitation”, se dice en inglés, “is the best flattering”. Y un poeta joven imita como respira, si bien no respirará del todo sino cuando deje de imitar: sin dejar por eso de admirar. Quizá esta constatación me llevó a enviarle mi segundo título poético, *Patrias*, aparecido en 1952, al autor del turbulento *Pasión de la tierra*. Si transcribo ahora, como haré con otras comunicaciones tuyas que conservo, la carta que en relación con ese envío me hizo llegar Aleixandre, no es, desde luego, por jactancia: somos muchísimos los poetas de lengua castellana, en ambos márgenes del Atlántico, que recibimos generosas cartas similares, con las que el maestro de la calle madrileña Velintonia (creo que hace algún tiempo esa calle se llama Vicente Aleixandre) animaba a poetas jóvenes y menos jóvenes a proseguir su tarea en tiempos arduos. He aquí las primeras líneas que recibí de él:

Madrid 1 julio 1952

Sr. D. Roberto Fernández Retamar
La Habana.

Querido poeta: Esta mañana releía sus versos y me proponía decirle que aquí en mi casa de Velintonia, me ha acompañado su libro *Patrias*. ¡Qué hervor de poesía en La Habana! ¡Cuántos poetas, en una unidad profunda y varia! Usted es uno de los últimos llegados para mí—the last, but not the least— y he conversado con su poesía, la he tenido y deseo mucho seguir leyéndole y viéndole cumplirse, tal como lo siento. Le felicito por su radical *Patrias*, inconfundible, y le envío un recuerdo. Su amigo
Vicente Aleixandre

Sé que en más de una ocasión se le echó en cara a Aleixandre el carácter manirroto de su correspondencia, su elogiar sin demasiada medida a incontables versificadores que volcaban sus papeles, desde todo el ámbito hispánico, sobre su casa. Pero, lógicamente, no puedo sumarme a esos echadores. Para un poeta que acababa de cumplir veintidós años, y cuya faena literaria de alguna seriedad había comenzado poco antes, unas líneas así, escritas por un poeta mayor admirado de veras, en aquella letra ancha, llena de aire, que parecía ella misma una mano cordial, tenían que ser un estímulo inolvidable. Que ese estímulo se dilapidara en muchos casos, no debe imputársele a quien, como Alfonso Reyes en nuestra América, sentía el deber de incitar a las entonces nuevas hornadas.

Por eso, al aparecer en 1954 mi próximo libro (*La poesía contemporánea en Cuba. 1927-1953*), que el año anterior había sido mi tesis de grado en la Universidad de La Habana, le mandé a Aleixandre uno de sus pocos ejemplares. A vuelta de correo, recibí esta carta suya:

Velintonia, 3 (Parque Metropolitano).
Madrid, junio 1955

Amigo mío, Roberto Fernández Retamar: Le leo a Ud. siempre con gusto y enseñanza. Esta temporada he tenido conmigo su libro *La poesía contemporánea en Cuba*, precioso estudio utilísimo para los que no siendo cubanos, pero sí lectores de la poesía de Uds., agradecemos

la sistematizada visión que Ud. da de esa lírica, sin duda una de las más altas de América.

Sus dotes críticas, en Ud. escritor joven pero ya formado, son aquí evidentes. Ha trabajado Ud. un libro cuyo equivalente se echa de menos en muchos países americanos.

Le felicito por él cordialmente y le agradezco su obsequio. Salude a esos poetas amigos en mi nombre. Tienen en Ud. al crítico necesario y, para una lírica, feliz.

Su amigo
Vicente Aleixandre

Para que se aprecie plenamente la delicadeza que Aleixandre mostró en aquella carta y en acontecimientos posteriores, me es inevitable referirme a una amarga circunstancia en la que él desempeñó un papel involuntario y doloroso. El gran escritor e inolvidable amigo José Lezama Lima (quien, dicho sea entre paréntesis, a la sazón era prácticamente desconocido salvo por unas cuantas docenas de lectores entusiastas, entre los que me contaba), en cuya memorable revista *Orígenes* yo había empezado a colaborar en 1951 y lo seguiría haciendo hasta su triste final, me pidió que aquel libro llevara el sello de *Orígenes*: así vio la luz en 1954, dentro de esa prestigiosa colección. Sucede, sin embargo, que dos años antes se había iniciado en el seno de *Orígenes* un proceso que daría al traste con su publicación: tal proceso comenzó al aparecer en el número 31 (1952) de la revista varios “Epigramas” de Jorge Guillén, uno de los cuales, “Los poetas profesores”, aludía obviamente, con ironía, a Juan Ramón y sobre todo a su esposa Zenobia. Desde las primeras revistas impulsadas por Lezama, había sido habitual que en ellas colaboraran escritores de la España peregrina, el más destacado de los cuales era el extraordinario Juan Ramón, cuyo paso por Cuba, a raíz del inicio de la Guerra Civil Española, tuvo un enorme impacto no sólo en poetas para entonces ya formados, como Eugenio Florit y Emilio Ballagas, sino especialmente en poetas en formación, como el propio Lezama (quien siempre reconoció el magisterio juanramoniano) y otros más jóvenes que se agruparían en torno a las revistas de Lezama. Un excelente ejemplo de lo que significó aquel fecundo paso del gran poeta andaluz por mi país se encuentra en el libro *Juan Ramón Jiménez en Cuba*, compilado, prologado y anotado por Cintio Vitier para su publicación en La Habana en 1981, al cumplirse

el centenario del nacimiento de J.R.J. Tengo que mencionar estos hechos, porque ellos contribuyen a explicar la aparición en el número 34 de *Orígenes* (1953) de unas prosas de Juan Ramón con el título "Crítica paralela". Allí, entre otros temas, Juan Ramón respondió con virulencia a Guillén y, además, hizo una brutal alusión a la enfermedad de Aleixandre, a propósito de un aforismo (en verdad poco afortunado) que éste había dado a conocer en una revista madrileña. Lezama, según me dijo, trató de convencer por carta a Juan Ramón para que no publicara esos materiales, pero éste adujo que había sido atacado en *Orígenes* (lo que era cierto en lo tocante a Guillén, pero no Aleixandre), y que tenía el derecho de responder en esas mismas páginas. El codirector de la revista, el crítico y traductor José Rodríguez Feo, no se encontraba en ese momento en Cuba, sino precisamente en España, por lo que a Lezama no le fue posible consultar con él, y optó por dar a las prensas el defensivo/agresivo texto. A su regreso de España, Rodríguez Feo discrepó de esa decisión y discutió con Lezama, de resultas de lo cual ambos editores se separaron y crearon en 1954 sendos *Orígenes*: el de Lezama lo tenía sólo a él como director, y contaba con un comité de colaboración formado por intelectuales cubanos que integraban en ese momento el "grupo Orígenes" (entre los que no nos encontrábamos los escritores entonces muy jóvenes que habíamos publicado en la revista); el segundo, como era previsible, tenía a Rodríguez Feo como director, y un comité de colaboración formado por escritores no cubanos, entre los cuales se hallaba Aleixandre. Hay que añadir que Aleixandre había colaborado en dos ocasiones en el *Orígenes* previo a la querrela, donde además había aparecido una hermosa semblanza sobre él debida a Luis Cernuda (número 26, 1950). Era evidente, pues, que no había allí animadversión alguna a propósito suyo. Incluso su opinión era una de las tres que Lezama adujera (las otras dos fueron de Alejo Carpentier y Octavio Paz) al realizar, en el mismo número 31 de *Orígenes* en que Jorge Guillén dio a conocer sus "Epigramas", una apasionada y justa defensa de la antología de Vítier *Cincuenta años de poesía cubana (1902-1952)*, La Habana, 1952. Citó entonces Lezama este juicio de Aleixandre:

Repasando la colección de la revista *Orígenes*, ve uno el valor ejemplar que en el ámbito total tiene la poesía cubana, y la fuerza, el fuego espiritual que da sentido a ese admirable grupo de poetas, cuya vitalidad y alcance son ejemplares, y la perfecta emoción de la obra de arte que con el consiguiente haz de sus dones obtiene.

De hecho, Aleixandre, Vicente Gaos y José María Valverde fueron los únicos escritores españoles residentes en la Península que publicarían textos suyos inéditos en *Orígenes*. Los demás escritores españoles que así lo hicieron, se encontraban en el exilio. A partir de 1955, el *Orígenes* de Rodríguez Feo dio lugar a una revista bien distinta, *Ciclón*, mientras el de Lezama, sin la ayuda económica que le había prestado Rodríguez Feo, se extinguió en 1956, clausurándose así, tras doce años fecundos, la vida de una de las más hermosas revistas literarias, especialmente poéticas, que ha tenido nuestro país. No voy a insistir en este penoso incidente, que hoy es agua pasada, ya que hubo después reconciliaciones (y separaciones de otro orden) imprescindibles. Aleixandre, por su parte, colaboró en el primer número del *Orígenes* de Rodríguez Feo, y otra vez en *Ciclón*, pero, según lo que sé, no intervino en aquella polémica específica, ni alteró por ella su relación con los escritores que habíamos publicado en la revista desde la cual recibió el mencionado ataque de Juan Ramón, ataque que, por otra parte, como bien se sabe, tenía que ver con antiguas y lamentables rencillas entre poetas españoles, en las cuales se cruzaron palabras innecesarias que no se apagaron al trasladarse muchos de los discutidores a América, a veces con consecuencias tan infaustas como ésta de la muerte de *Orígenes*.

Me ha sido necesario este rodeo para hacer entender la benevolencia de Aleixandre (tan distinto, según experimenté luego en carne propia, de algún que otro coetáneo suyo) no sólo en cuanto a la carta anterior, sino también a otros hechos más relevantes. En 1955, habiendo ganado una beca de la Universidad de La Habana, me trasladé a París para realizar estudios. Todavía soplaban aires macartistas en los Estados Unidos, por lo que ni me tomé el trabajo de pedir visa de tránsito a través de Nueva York para llegar a la capital francesa. Y como no había (ni la hubo hasta hace muy poco) comunicación directa entre La Habana y París, tenía que intentar ir por Madrid, lo que sinceramente no deseaba, dadas las circunstancias que vivía España y mi inequívoca oposición a ellas. Pero aquella España resultó en esto menos intolerante que los Estados Unidos de entonces, y obtuve su visa de tránsito, lo que me llevó a pasar por una España aún enlutada por la guerra; y también una España cuyo pueblo me conmovió por el enorme cariño demostrado, más allá de cualquier coyuntura política, por Cuba. Al regresar a mi país, pasé de nuevo, en diciembre de aquel año, por Madrid, y decidí presentarme en casa de Aleixandre. Creo que puedo hacer más las palabras de la semblanza dedicada por Cernuda a Aleixandre, aparecida en *Orígenes*, de la que hice mención líneas atrás:

Recuerdo siempre la cordialidad, la simpatía con que Aleixandre me acogió. No sabía yo cómo él, regulando su jornada de manera precisa e invariable, dedicaba al reposo, para atender a su salud, las horas en que yo, sin previo aviso, había irrumpido con mi visita. Que rompiera su reposo para recibirme fue ya una gentileza. Era en su casa tan recogida y silenciosa, entre los árboles del Parque Metropolitano. En el salón donde me habían hecho pasar, mientras anunciaba mi nombre, apareció un mozo alto, corpulento, rubicundo, de cuya benevolencia amistosa daban prueba, ambas sonrientes, la entonación de su voz y la mirada de sus ojos azules.

Quizá sólo deba cambiar el término “mozo”, ya que en aquel diciembre de 1955 Aleixandre tenía cincuentisiete años: es decir, dos más que los que tengo ahora (¡Dios mío: a lo mejor aún era mozo!). La conversación fue como de viejos amigos. De hecho, en parte lo éramos, ya que habíamos cruzado algunas líneas, yo conocía y admiraba con fervor casi todos sus libros publicados hasta la fecha (incluso *Historia del corazón*, recién aparecido), y él, a su vez, había leído lo poco que yo había hecho para entonces. Debió haber sido jueves, porque Aleixandre, que había ingresado en la Academia de la Lengua, tenía reunión ese día, por lo que me invitó a acompañarlo mientras se encaminaba a dicha reunión. No recuerdo si tomamos algún vehículo. Sí recuerdo que caminamos juntos durante cierto tiempo, hablando sin cesar. Como ya he dicho, el incidente de *Orígenes* no surgió en ningún momento. Yo le preguntaba con insistencia sobre cómo había sido su vida en España a partir de la derrota del 39, teniendo en cuenta su evidente simpatía por la causa de los derrotados, visible en sus romances de la guerra, en los manifiestos que firmara, en su participación en revistas como la excelente *Hora de España...* Aleixandre me dijo que durante cierto tiempo incluso la mención de su nombre había sido prohibida en las publicaciones españolas. Al cabo, en un catálogo de libros se permitió que apareciese, y ello lo animó a enviar a un editor los originales de su libro *Sombra del paraíso*, que se publicó en 1944. Aquel año, también, vio la luz el notable libro de Dámaso Alonso *Hijos de la ira*. Como es de sobra sabido, con ambos textos (en especial con el de Dámaso) la poesía en España empezó a salir de una momificación que, con raras excepciones, había sido lo usual

en el primer quinquenio posbélico. Era evidente que Aleixandre había seguido conservando cálidas relaciones con los otros poetas de su brillante generación, dentro y fuera de España. Y bien sabía yo cuánto lo estimaban muchos de los poetas españoles más jóvenes, quienes con frecuencia veían en él a un maestro, por su obra y por su gallarda postura. Además, su preocupación por la poesía hispanoamericana era insaciable, y la información que tenía sobre ella, copiosa.

De su propia poesía, sin embargo, habló poco. Como las meteduras de pata tienen la desdicha no ya de ocurrir, sino además de ser recordadas, me viene ahora a la mente una: yo conocía por algunos poemas publicados en antología su primer libro, *Ambito*, y, suponiéndolos de aquella obra, le mencioné entre otros (felizmente bien ubicados) esos versos suyos que tanto me gustaban (y me gustan) del soneto “A Fray Luis de León”: “La alta noche su copa sustantiva / –árbol ilustre– yergue a la bonanza, / total su crecimiento y ramas bellas.” Aleixandre me rectificó con suavidad: aquel poema no había aparecido en *Ambito*, aunque pudo haberlo sido por su escritura. (Ahora veo en sus *Poesías completas* de 1960 que lo recogió en *Nacimiento último*, donde hay poemas escritos entre 1927 y 1952; y también que lo escogió para su antología *Presencias*, de 1965). Pero en general, como dije, apenas habló de su poesía. Sí evocó su discurso de ingreso en la Academia, *Algunos caracteres de la nueva poesía española*, donde señaló nuevos rumbos (nuevos para entonces, claro) de la lírica de su tierra, a los cuales él no era en absoluto ajeno: así podía ser objetivo sin dejar de hablar de sí.

No recuerdo acritud alguna en sus palabras, y habría querido conservar con nitidez sus alusiones, positivas todas, a tantos poetas, desaparecidos o vivos. Por desgracia, las tres décadas pasadas desde entonces me han borrado no pocos detalles, y, para no ser injusto, prefiero abstenerme de menciones parciales. A la entrada del local de la Academia, nos separamos con un cálido apretón de manos.

De vuelta a Cuba, me encontré con un nuevo libro poético mío, *Alabanzas, conversaciones*, que El Colegio de México había publicado en 1955 gracias a la bondad de Alfonso Reyes. Naturalmente, le mandé un ejemplar a Aleixandre, presumo que en los primeros meses de 1956. En el verano de ese año me encontraba de nuevo en París, y debo haberle escrito desde allí, ya que recibí de él la más larga de las cartas tuyas que conservo:

Miraflores de la Sierra, 20 setiembre 1956.

Mi querido Fernández Retamar:

¡Sorpresa! ¡Usted otra vez en Europa! Su libro me llegó y pensé escribirle a usted despacio desde esta soledad, donde llevo tres meses. Me reservé... y al abrirse el equipaje me encontré sin su obra. Así me pasa, por mi desorden. Le hablo de memoria, pero su libro me acompañó mucho, después de ser una sorpresa. Ha crecido Ud. mucho. Tiene Ud. una dicción ceñida en transparencia, en su justo verso libre para un fondo complejo y rico. Obtiene Ud. un desarrollo para sus poemas que se cumple en su proporción. Me parece que el timbre de este libro es inconfundible y es, sin duda, un libro importante (espero que Ud. mismo se dé cuenta de ello) en la nueva poesía cubana, que me precio de conocer bastante bien.

De él y de Ud. mismo conversé varias veces con un joven poeta de su tierra de Ud., casi inédito, Alvar González Palacios, que pasó una temporada en Madrid la primavera pasada.

He sentido mucho la muerte de Mariano Brull. Se lo decía a Eugenio Florit, a quien escribí desde aquí agradeciendo su último libro.

Ya veo que esta vez no se dará Ud. una vuelta por Madrid. Lo siento y recuerdo nuestra tarde de diciembre último. Será para mí una satisfacción si Ud. escribe su recuerdo de aquel día, y le animo a hacerlo, si entra en sus planes. ¡Cuánto me gustará leerlo y tenerlo!

Dentro de un par de días o tres regreso a Madrid. Si baja Ud. a España, allí me tiene.

Ya le veo a Ud. informado de la defunción de *Insula* y de muchas cosas. No conozco el N^o, de *Esprit*, aunque sí otros. Muchas gracias por el regalo de su libro, y adelante con su poesía. Le abraza

Vicente Aleixandre

Mi vida iba a complicarse, y a llevarme de momento por derroteros distantes. Cerrada por conocidas razones políticas la Universidad de La Habana, donde enseñaba (y enseñé), y tras haber recibido una sorprendente

y generosa invitación de mi compatriota José Juan Arrom, y experimentado cierto apagamiento del macartismo en los Estados Unidos, estuve un tiempo en la Universidad de Yale, donde ofrecí un curso sobre poesía hispanoamericana contemporánea, y leí cuanto pude de y sobre ella. Regresé en 1958 a mi patria, y reinicié mi modesta colaboración con el Movimiento de Resistencia Cívica.

Aquel año 1958, nuestro Jorge Mañach, quien vivía en España, realizó en Madrid, entre otras, una interesante entrevista a Aleixandre, recogida en su libro *Visitas españolas. Lugares, personas* (Madrid, 1960). Al preguntarle Mañach sobre nuestra poesía a Aleixandre, éste respondió:

En su tierra de usted, el gran Martí dio con su obra la justa lección. Hoy siento a la poesía cubana como una de las más ricas de aquel hemisferio; y no se lo digo por halagarlo. Reciente aún la desaparición de Brull y de Ballagas, vivos dichosamente Nicolás Guillén y Florit, la poesía cubana actual muestra la variedad de su poder en maestros y jóvenes: Lezama, que ha hecho escuela, y Dulce María Loynaz, solitaria; Feijoo, Baquero, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Piñera y algunos más. Hasta los últimos, Eliseo Diego, Iznaga, Fernández Retamar, Fayad Jamís y tantos otros que hacen experimentar, cara al porvenir, la continuidad de la poesía cubana.

No obstante algún que otro nombre ausente o situado fuera del orden cronológico, Aleixandre reveló aquí, una vez más, su familiaridad con nuestra poesía, y el aprecio con que la miraba.

Cuando se publicó aquel libro, muchas cosas habían cambiado en mi patria: así, desde principios de 1959 se produjo en Cuba una eclosión de publicaciones periódicas de carácter cultural. Una de ellas, la *Nueva Revista Cubana*, que comenzó dirigiendo Cintio Vitier, pasó a dirigirla a mediados de ese año, cuando Cintio fue hecho profesor de una Universidad del centro del país, y al cabo, con un número postrero muy demorado, se extinguió, al haberseme encomendado una misión diplomática en París, adonde me trasladé en 1960. Por supuesto, tan pronto asumí la dirección de la *NCR*, Cintio le escribió a Aleixandre pidiéndole colaboración. La respuesta vino dirigida a ambos:

Velintonia, 3, Parque Metropolitano
Madrid-3
6 noviembre 1959

Sr. Cintio Vitier o
Roberto Fernández Retamar
La Habana

Queridos amigos: Me dice José Luis Cano que Roberto ha pasado ahora a dirigir la *Nueva Revista Cubana* y Cintio desempeña otro puesto en la Dirección de Cultura. A uno o a otro y a los dos manifiesto mi satisfacción por esa Revista que ha empezado con tanta fuerza y carácter. La veo, con su inteligente entendimiento y medios, a la cabeza de las revistas de América.

Defiriendo a los deseos de ustedes soy ya colaborador de la misma, y aquí va mi primer original para ella: "Dos poemas". [...]

Enhorabuena por la creación que han hecho ustedes de ese órgano de cultura, que espero viva mucho para bien de la Cuba y de la de todo el ámbito de la Lengua, y un saludo y recuerdo muy cordial para ustedes y demás amigos.

Vicente Aleixandre

Pocos meses después, Aleixandre se dirigió tan sólo a mí:

Velintonia 3, Parque Metropolitano
Madrid-3
19 de enero de 1960

Mi querido Roberto Fernández Retamar:

Recibí el N° 2 de la *Nueva Revista Cubana*. ¡Muy buena! Se han colocado ustedes en la primerísima línea de las revistas americanas. Hace creo un par de meses, quizá no llegue, les mandé mi primera colaboración, defiriendo con mucho gusto a las invitaciones recibidas de Cintio Vitier. Fueron unos poemas mandados a la dirección del pie en la cubierta de la Revista. ¿Les ha llegado a ustedes? No sé si sería

buena dirección. El sobre iba para Ud. y Cintio, para que lo recibiere alguno de los dos. Si no lo tiene usted le ruego me lo diga para repetir el envío. Ahora, como ve Ud., le escribo a su casa, las señas de usted que tengo de hace años, y espero le alcance.

Si tiene mi original no necesita comunicármelo. Si no le ha llegado, sí le ruego que me lo diga a los efectos de nueva copia y le estimaré me indique la mejor dirección para evitar pérdidas.

Enhorabuena por el resultado y el éxito de la ejemplar revista, y un saludo y un recuerdo desde esta casa de Velintonia.

Vicente Aleixandre

El penúltimo verso del poema "La pareja" tiene un error. Le agradeceré cuide de corregirlo. Dice: "la pareja en la noche" y debe decir: "ese bulto en la noche". Gracias.

Los años transcurridos desde entonces han sido y siguen siendo un torbellino: hermoso y vertiginoso y creador y amenazado. Quien se haya tomado la molestia de leer las cuantiosas páginas que en este cuarto de siglo he escrito, sabe que más de una vez he pensado y sentido que vivía experiencias como las de aquella entrañable España de 1936-1939 cuyos dramáticos resplandores iluminaron mi infancia. Esto es, desde luego, otra cosa. Pero las memorias se amontonan: y las esperanzas. En este torbellino, además de escribir sin cesar, he desempeñado muchas tareas que ahora, por supuesto, no voy a enumerar, con tres excepciones, porque tienen que ver con Aleixandre. En 1962, siendo secretario de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, publiqué mi primer intento de "poesías reunidas" (como llamó a las suyas mi fraterno José María Valverde): apareció con el título *Con las mismas manos*. Tras enviar el libro a Aleixandre, recibí de él unas líneas en una tarjeta que tenía impresas sus señas personales y escritas estas líneas:

Julio 1963

Mil gracias, amigo mío, por este regalo de su libro "*Con las manos tendidas*" [sic]. ¡Una hermosa sucesión ardiente!
Y también por su dedicatoria. Le recuerdo a Ud. con afecto y le envío un abrazo.

Vicente Aleixandre.

No me aparece en mi revuelta papelería otra carta o tarjeta suya. ¿Se han extraviado? ¿No volví a mandarle libros míos? ¿Le fatigaba seguir manteniendo su gigantesca correspondencia? No sé: quizá un poco de todo. Pero Aleixandre quedó muy cerca de mí, porque durante varios años ofrecí en la Universidad de La Habana un curso sobre poesía española del siglo XX, y hasta publiqué –con fines sólo escolares– una antología de ella en 1965. Aleixandre ocupaba lugar muy alto en aquel curso.

En 1965 pasé a dirigir, hasta hoy, la revista *Casa de las Américas*, y mi labor se volcó mayoritariamente hacia lo que Martí llamó “nuestra América”. En la sección de informaciones varias que en dicha revista se llama “Al pie de la letra”, tuve la alegría de escribir la breve nota “Aleixandre con Nobel” (número 106, enero-febrero de 1978), cuando en 1977 se le otorgó con justicia dicho premio al autor de *En un vasto dominio*. Después de una presentación escueta de su obra y de aludir a la rica generación a que perteneció, la nota concluía:

Bien puede decirse que durante los años siniestros del franquismo Aleixandre desempeñó una noble tarea de orientador y estimulador de jóvenes poetas españoles, que le reconocían su cordial magisterio. Es a este poeta al que se le ha otorgado el galardón sueco, en momentos en que su país vive un proceso de apertura. Un abrazo al viejo amigo y constante poeta.

Los datos que he aportado en estas páginas explican el contexto de esas palabras.

Su muerte (que me llenó de tristeza) me sorprendió en viaje fuera de Cuba. El jefe de redacción de *Casa* escribió entonces, encabezando “Al pie de la letra” (número 149, marzo-abril de 1985), bellas líneas que ratifiqué en planas, con identificación, y concluían: “El legado de su quehacer literario y vital fue afirmación del amor, y negación rotunda de la destrucción”.

A pesar de múltiples ocupaciones y preocupaciones, agradezco el honor de la invitación que me ha permitido estar presente en este homenaje al gran poeta a quien tanto debió aquel joven que fui, y que hoy, casi con la edad que Vicente Aleixandre tenía cuando me escribió su primera y ya estimulante carta, se complace en expresarle, como siempre, su admiración, su gratitud, su cariño.

La Habana, agosto de 1985.